

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB



*Bebé
Steve*

CHARLOTTE DOLLY

Bebé Steve

Charlotte Dolly

Publicado por primera vez en 2026

Copyright © AB Discovery 2025

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en forma alguna, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de cualquier otra manera sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Título: El bebé Steve

Autora: Charlotte Dolly

Editores: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2026

www.abdiscovery.com.au

Contenido

Capítulo uno : Las vacaciones sin rumbo	5
Capítulo dos.....	9
Capítulo tres	13
Capítulo cuatro	17

Capítulo uno : Las vacaciones sin rumbo

A Steve le habían dicho repetidamente que estas vacaciones eran una *recompensa* .

—Te lo has ganado —le había dicho su tía en el aeropuerto, apretándole el hombro con el entusiasmo de quien ya sabía lo que le deparaba el futuro—. Se acabaron los estudios . Un gran logro superado.

Steve asintió, porque eso era lo que hacía la gente cuando la felicitaban por terminar algo que aún no había dado frutos.

El pueblo costero era luminoso, como suelen ser los lugares turísticos: edificios blancos, cafés bulliciosos, aceras blanqueadas por el sol y familias que se movían en pequeños grupos, con sombreros, mochilas y un propósito claro. Todos parecían saber adónde iban. Steve no.

—¿Estás bien? —preguntó su tío mientras descargaban las maletas del coche.

—Sí —dijo Steve automáticamente.

Su madre, Karen, lo observó un momento más que los demás. «No tienes que salir enseguida si estás cansado», le dijo. «Puedes descansar».

—No estoy cansado —respondió Steve, un poco demasiado rápido.

Karen no discutió. Casi nunca lo hacía. Simplemente asintió y volvió a ordenar las llaves y los bolsos, como si quisiera guardar ese momento para más tarde.

Esa tarde, Steve escapó. No de forma dramática. No hubo portazos ni discusiones, simplemente paseando por el paseo marítimo, pasando por las tiendas de souvenirs que vendían los mismos collares de conchas y toallas desteñidas por el sol, por familias que discutían sobre sabores de helado y por adolescentes de su edad que reían demasiado fuerte, hablando ya de la universidad , del trabajo, de irse de casa.

Se sentía extrañamente desfasado con respecto a todos ellos, como si llevara la ropa equivocada ese día.

Bebé Steve

Se detuvo cerca de un pequeño parque apartado de la multitud de la playa. Allí reinaba la tranquilidad, a la sombra de los árboles, con bancos apartados de un sendero pavimentado. Una valla baja rodeaba parte del parque, y más allá ...

Steve frunció el ceño. Al principio, pensó que se había equivocado. Había un cochecito de bebé. No era nada fuera de lo común, pero era más grande que la mayoría, más robusto, empujado por una mujer que parecía relajada y sin prisa. Dentro del cochecito iba sentado un niño.

Un chico de la edad de Steve... o lo suficientemente parecido como para que Steve sintiera un nudo en el estómago.

El niño era pequeño de porte más que de estatura, estaba ligeramente recostado, con las piernas cubiertas por un pañal grueso y vestido con lo que sin duda eran prendas de bebé. Llevaba un suave pelele de color pastel, calcetines que no se le ajustaban bien y un babero con un estampado sencillo. Tenía un biberón en las manos y bebía de él con calma, sin complejos.

Steve dejó de caminar. "No me mires fijamente", murmuró para sí mismo.

Pero no pudo evitarlo, no solo por la sorpresa, sino porque en la escena no había nada de pánico ni de ocultamiento. Nadie tenía prisa. Nadie susurraba. El chico cruzó la mirada con Steve brevemente, luego la apartó de nuevo, indiferente.

Un segundo adulto, un hombre, caminaba junto al cochecito. Se inclinó y ajustó la manta sobre las piernas del niño.

—¿Estás cómodo, Ollie? —preguntó el hombre.

"Mmm", respondió el chico con la voz suave y desprevenida, con la boca tapada con la botella.

Steve sentía una opresión en el pecho. Se sentó en un banco, fingiendo revisar su teléfono, aunque la pantalla permanecía apagada. Se dijo a sí mismo que estaba siendo ridículo. Tenía que haber una explicación. Médica. Del desarrollo. Algo que pusiera todo esto en su sitio.

Pero entonces el niño, Ollie, levantó la botella, frunció el ceño y emitió un pequeño sonido de queja.

—¿Vacío? —preguntó la mujer. Ollie asintió—. De acuerdo, cariño. Vamos a buscarte otro.

Cariño. La palabra aterrizó en algún lugar profundo y desconocido.

Steve apartó la mirada, y luego volvió a mirarlo sin darse cuenta. El rostro de Ollie no estaba inexpresivo ni confundido. Estaba tranquilo. Relajado. No había rastro de vergüenza en él.

Unos minutos más tarde, el cochecito se acercó al banco. Fue entonces cuando la mujer se fijó en Steve —de verdad se fijó en él— y le dedicó una sonrisa amable.

“Un día precioso”, dijo ella.

—Sí —respondió Steve. Su voz se quebró ligeramente. Se aclaró la garganta—. Así es.

Dudó un momento y luego dijo con suavidad: "Puedes preguntar, ¿sabes?".

Steve parpadeó. "¿Preguntar?"

—Te lo has estado preguntando —dijo ella, sin mala intención—. La gente suele preguntárselo.

“Yo... eh...” Steve tragó saliva. “Lo siento. No quería quedarme mirando.”

—No hay problema —dijo, apoyando una mano en el manillar del cochecito—. Este es nuestro hijo, Oliver.

Ollie volvió a mirar a Steve, ahora con curiosidad. Sonrió levemente.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Steve antes de poder contenerse.

—Dieciocho —dijo Ollie, simplemente.

La palabra le cayó a Steve como un plato que se le ha caído encima.

—Oh —dijo Steve. Luego, inútilmente—, yo también.

El hombre soltó una risita. "Es curioso cómo funciona esto".

Steve se rió, pero no lo expresó bien. "Es que... nunca he visto..."

—¿Alguien que vive así? —terminó diciendo la mujer. Steve asintió.

Bebé Steve

“No es para todo el mundo”, dijo. “Pero es lo adecuado para él”.

Ollie se movió, y el pañal crujió audiblemente. No pareció darse cuenta... ni importarle.

—¿No estás... avergonzado? —le preguntó Steve en voz baja.

Ollie consideró la pregunta y luego negó con la cabeza. “No. ¿Por qué lo haría?”

Steve no tenía respuesta.

La mujer miró su reloj. "Hora de la siesta", anunció.

Ollie se animó. "¿Una historia?"

“Quizás más tarde”, dijo. “Primero a dormir”.

Ollie lo aceptó sin protestar, y ya se estaba acomodando en el cochecito como si la decisión hubiera sido un alivio en lugar de una decepción.

Steve los vio marcharse, el cochecito rodando alejándose, la familia intacta y sin prisa. Permaneció en el banco mucho después de que desaparecieran de su vista . Por primera vez desde que terminó la escuela, Steve sintió algo que podía identificar. No eran celos. No era confusión.

El reconocimiento. Y eso le asustó mucho más que cualquier conmoción.

Capítulo dos

Steve no esperaba volver a verlos. Eso, más que nada, fue lo que facilitó que aceptaran cuando sucedió. Se encontraron con Ollie y sus padres a la mañana siguiente cerca del mismo parque; el día ya era cálido y el aire olía ligeramente a protector solar y café. Ollie estaba de nuevo en el cochecito, con las piernas bien apretadas por el pañal, un suave mameluco de algodón con pequeños botones en la parte delantera. Llevaba un conejito de peluche bajo un brazo y bebía pensativamente de un biberón.

Ollie fue el primero en fijarse en Steve.

—Hola —dijo, levantando una mano en un torpe saludo.

Steve se detuvo en seco. "Oh... hola."

Sus padres sonrieron.

—Bueno —dijo la madre de Ollie, gratamente sorprendida—, parece que has causado buena impresión.

Ollie asintió solemnemente. "No se rió".

Steve se sonrojó. "Yo no lo haría".

—Eso está bien —dijo Ollie, como si con eso se aclarara el asunto.

Hubo una pausa, lo suficientemente larga como para que Steve esperara que el momento pasara, pero en lugar de eso, el padre de Ollie preguntó: "¿Estás aquí con tu familia?".

"Sí. Mi madre. Y mis tíos."

—Nosotros también —dijo—. Nos quedamos una semana más. ¿Y ustedes?

—Sobre eso —respondió Steve.

Ollie se inclinó hacia adelante en su cochecito. —Puedes caminar con nosotros —dijo. No era una pregunta.

Su madre miró a Steve. —Si quieres.

Steve dudó solo un segundo. "Sí. Me gustaría".

Resultó que la vida de Ollie tenía su propio ritmo. Steve lo aprendió poco a poco, con el paso de los días, paseando junto al cochecito, sentándose en mantas mientras Ollie jugaba y siendo invitado, de forma natural y sin formalidades, a su rutina. Había un

Bebé Steve

paseo matutino. Un biberón a media mañana. Tiempo de juego a la sombra. Almuerzo para los adultos, puré para Ollie. Siesta. Tranquilidad por la tarde. Nada se hacía con prisas.

—¿Qué haces todo el día? —preguntó Steve en una ocasión, sentado con las piernas cruzadas sobre la hierba mientras Ollie apilaba bloques blandos con intensa concentración.

—Esto —respondió Ollie. Steve esperó a que continuara—. Y a veces cuento historias —añadió Ollie—. Y a veces mamá canta. Y a veces duermo una siesta más larga si estoy cansado.

"¿Eso es todo?"

Ollie levantó la vista, desconcertado. "Es mucho."

Steve rió suavemente. "Sí. Supongo que sí."

La madre de Ollie observaba la escena desde el borde de la manta. No interrumpió. Parecía estar evaluando a Steve, no con recelo, sino con atención.

Steve tenía preguntas. Intentó no hacerlas todas a la vez.

"¿Alguna vez quieres... ya sabes. Parar?", preguntó una tarde.

Ollie frunció el ceño. "¿Detener qué?"

"Ser un bebé."

Ollie lo pensó seriamente. "No. Ya intenté ser grande. No me gustó."

Steve asimiló eso en silencio.

Otro día, Ollie le preguntó algo en su lugar. "¿Usas pañales?"

Steve casi se atraganta con su bebida. "No."

"Oh." Ollie parecía más curioso que crítico. "¿Solías hacerlo?"

"Sí. Quiero decir... cuando era pequeño."

—¿Cuándo dejaste de mojarte la cama? —preguntó Ollie con franqueza.

A Steve le ardían las orejas. Instintivamente miró hacia los padres de Ollie, pero ellos no le prestaban atención, o al menos, fingían no hacerlo.

—Quince —dijo Steve en voz baja.

Ollie parpadeó. "Eso no fue hace tanto tiempo".

"Sí, lo sé."

—¿Te entristeció tener que parar? —preguntó Ollie.

Steve abrió la boca y luego la cerró de nuevo. "En realidad no tuve opción", dijo finalmente.

Ollie asintió, satisfecho con la respuesta. "Me gusta no tener que elegir".

Esa noche, Steve yacía despierto en la cama del hotel, mirando al techo mientras los sonidos del pueblo se colaban por la ventana abierta. Repasaba los días una y otra vez : la calma y la seguridad en la voz de Ollie, la forma en que sus padres le hablaban, firmes pero tiernos, sin disculparse jamás. La forma en que Ollie parecía no estar *fingiendo ser* un bebé. Simplemente era. Steve se sentía dividido. Atraído. Y profundamente inquieto.

Las vacaciones terminaron abruptamente, como siempre. Se empacaron las maletas. Se dijeron las despedidas. Ollie abrazó a Steve torpemente, sin alcanzarlo del todo.

—Puedes venir a verme otra vez —dijo Ollie.

Steve sonrió. "Tal vez."

De camino a casa, Steve apenas habló. Karen lo notó. Esperó a que terminaran de desempacar, a que la casa volviera a estar en silencio, a que solo estuvieran ellos dos en la cocina con las tazas de té enfriándose entre las manos.

—Has estado muy callado desde que volvimos —dijo ella.

Steve miró fijamente su taza. "¿Mamá?"

"¿Sí?"

"Conocí a alguien en el viaje."

Karen asintió. "Ya lo intuí."

—Tiene mi edad —continuó Steve—. Pero vive como un bebé. Todo el tiempo. Karen no reaccionó. No interrumpió. Esperó. —Usa pañales. Tiene una guardería. Toma biberón. Sus padres se encargan de todo. —La voz de Steve tembló—. Es... feliz.

Karen observaba ahora a su hijo con atención, no con alarma, ni con incredulidad, sino con interés.

"¿Y cómo te hizo sentir eso?", preguntó ella.

Steve vaciló. "Confundido. Y... algo más."

"¿Otra cosa?"

"Era como si estuviera mirando algo que no se suponía que debía desear", dijo. "Pero lo hice".

Karen no dijo nada. Extendió la mano por encima de la mesa y la apoyó cerca de la de él, sin tocarla, solo lo suficientemente cerca como para sentirla.

—Gracias por decírmelo —dijo en voz baja.

Steve levantó la vista. "¿No estás enfadado?"

—No —respondió ella—. Estoy escuchando.

Y así era. No le ofreció consuelo. No desestimó sus sentimientos ni les puso nombre. Simplemente observó a su hijo, lo observó de verdad, como si lo viera por primera vez. Y en esa observación, algo empezó a cambiar.

Una semana después, Steve se orinó en la cama por accidente. Había estado pensando en Ollie constantemente y soñando con él. Se sorprendió al mojar la cama y se lo contó a su madre, quien no pareció extrañada ni se quejó. Steve habló bastante con su madre sobre Ollie y finalmente ella le preguntó si alguna vez había deseado lo mismo. Al principio, Steve lo negó, luego lloró y admitió que aún recordaba haberle dicho a Ollie que había dejado de orinar en la cama, pero que no había sido su decisión.

Capítulo tres

Steve se despertó con frío. No el frío agudo y repentino del miedo, sino la lenta y creciente certeza de que algo andaba mal. Se quedó quieto un momento, mirando al techo, con el cuerpo pesado y confuso. Entonces, la sensación se impuso a la razón. Las sábanas estaban húmedas. El pijama se le pegaba incómodamente a las piernas. El corazón le empezó a latir con fuerza.

—No —susurró.

Apartó las sábanas con manos temblorosas. Era innegable. La cama estaba mojada, sin lugar a dudas. El olor era tenue, pero presente. Sintió un nudo en el estómago, una vergüenza familiar, enterrada hacía mucho tiempo. No había hecho esto en años.

Quince, pensó automáticamente. Fue entonces cuando se detuvo. O mejor dicho, cuando se detuvo *para* él. Steve se incorporó, pasándose ambas manos por el pelo. Sus sueños volvieron en fragmentos: Ollie en su cuna, Ollie siendo alzado, Ollie adormilado y a salvo, alguien más decidiendo qué pasaría después. Los sueños no habían sido sexuales ni vívidos. Habían sido *silenciosos*. Cargados de calidez y consentimiento. Tragó saliva con dificultad.

Durante un largo instante, consideró ocultarlo. Quitar la ropa de cama. Lavar todo antes de que alguien se diera cuenta. Ahora era capaz de hacerlo. Tenía dieciocho años. Se suponía que debía encargarse de estas cosas solo. Pero la idea le oprimió el pecho. En lugar de eso, se levantó, se quitó el pijama mojado, se envolvió en una toalla y bajó por el pasillo. Su madre ya estaba despierta. Steve lo sabía porque siempre lo estaba. Se quedó merodeando en el umbral de la cocina.

"¿Mamá?"

Karen levantó la vista de su taza. "Buenos días, cariño."

No había prisa en su voz. Ninguna tensión.

"Yo... eh..." Steve tragó saliva. "Me hice pis en la cama."

Lo observó por un momento. No la toalla. No el pasillo detrás de él. *A él*.

—Oh —dijo simplemente. Eso fue todo. Ni una sola exhalación brusca. Ni un suspiro. Ni una muestra de fastidio.

—Lo siento —añadió Steve de forma automática.

Karen se levantó y cruzó la cocina. Le puso una mano suavemente en el hombro. —No tienes por qué disculparte.

Parpadeó. "¿No estás... sorprendido?"

Ella lo pensó. "No", dijo.

Steve frunció el ceño. "¿Por qué?"

—Porque has estado cargando con mucho desde que regresaste —respondió ella—. Y a veces el cuerpo habla antes que la boca.

Hizo un gesto suave hacia el pasillo. "Ve a secarte. Te ayudaré a cambiar las sábanas".

Aquella mañana no hablaron mucho. Karen quitó las sábanas con calma y eficiencia. Debajo de ellas, el protector de colchón de plástico brillaba tenuemente a la luz.

—Nunca me lo quitó —dijo, casi para sí misma.

Steve se sonrojó. "No sabía que todavía estaba ahí".

—Sí —respondió ella.

No sabía qué hacer con eso.

Durante los días siguientes, pensó que el accidente se convertiría en una simple vergüenza. Algo de lo que reírse después, tal vez. Un golpe de suerte. Pero no fue así. Todas las noches soñaba. Todas las mañanas, la cama estaba mojada. A la cuarta noche, Steve dejó de fingir que era una coincidencia. A la séptima, dejó de disculparse.

Karen nunca lo regañó. Nunca se burló de él. Cada mañana, se sentaba en el borde de su cama mientras él permanecía bajo las sábanas, con la humedad innegable entre ellos.

"¿Qué se siente?", preguntó la primera vez.

—No lo sé —dijo Steve con sinceridad.

Ella lo aceptó. A la mañana siguiente, volvió a preguntar.

—Aún no lo sé —respondió.

"Está bien."

Sin embargo, no dejó la cuestión en el olvido para siempre.

Una tarde, una semana después del primer accidente, se sentaron juntos en el salón. La casa estaba en silencio. Steve tenía las rodillas pegadas al pecho, descalzo sobre el sofá.

—Has hablado mucho de Ollie —dijo Karen con dulzura.

Steve asintió. "Pienso en él todo el tiempo".

—Puedo decirlo. —Hubo una pausa—. Steve —dijo con cuidado—, ¿alguna vez deseaste lo que él tiene?

Steve negó con la cabeza inmediatamente. "No".

La respuesta llegó demasiado rápido. Karen esperó. La respiración de Steve se volvió irregular. Le escocían los ojos. Apretó los labios y luego se quebró.

—Le dije que había dejado de mojar la cama —dijo con voz ronca—. Y él me dijo que no hacía tanto tiempo. Y yo le dije que no era mi decisión dejar de hacerlo.

Karen se inclinó ligeramente hacia adelante. "¿Lo fue?"

Steve volvió a negar con la cabeza, con lágrimas corriendo por sus mejillas. «No quería. Todos decidieron que ya no podía seguir. Como si ya no me perteneciera».

Karen dejó que eso se asimilara. Luego preguntó en voz baja: "¿Quieres volver a mojar la cama?"

Steve se quedó paralizado. La pregunta parecía imposible, demasiado grande, demasiado comprometedor. Abrió la boca, la cerró. Sus dedos se aferraron a la tela de sus pantalones.

"Yo..." Tragó saliva. "Creo que..." Asintió, apenas perceptiblemente. "Sí."

La respuesta de Karen fue inmediata y tranquila. "Está bien".

Steve levantó la vista, sobresaltado. "¿En serio?"

—Sí —dijo—. Tu colchón está protegido. Estás a salvo. No va a pasar nada malo.

El alivio se reflejó en su rostro tan rápidamente que lo asustó.

Durante las dos semanas siguientes, nada cambió, y a la vez, todo cambió. Steve se orinaba en la cama todas las noches. Todas las mañanas, Karen se sentaba a su lado y le hacía la misma pregunta.

“¿Cómo te sientes al respecto hoy?”

Al principio, dijo: «No lo sé». Luego: «Es extraño». Y una mañana, tras una larga pausa, añadió: «Creo que me gusta».

Karen arqueó una ceja. “¿Por qué?”

Steve miró fijamente sus manos. “Porque significa que no tengo que fingir que he terminado con las cosas solo porque se supone que debo hacerlo”.

Ella asintió lentamente.

—Eso es algo importante que hay que tener en cuenta —dijo ella. No insistió más. Pero lo recordaba. Y Steve sintió, en lo más profundo de su ser, que algo irreversible había comenzado, no con una decisión, sino con un permiso.

Capítulo cuatro

Las semanas transcurrieron con tanta tranquilidad que Steve apenas se percató de que se estaba formando una rutina. Cada mañana, Karen entraba en su habitación después de que él se despertara. Se sentaba en el borde de la cama, como siempre, y la rutina ya era tan familiar que ninguno de los dos la comentaba. Las sábanas siempre estaban mojadas. A veces, muy mojadas. A veces, solo lo suficiente como para que fuera innegable. Nunca tenían prisa. Karen apartaba un poco las sábanas, no para avergonzarlo, sino para reconocer lo que había sucedido.

—Bueno —decía ella con voz serena—, echemos un vistazo.

Steve se incorporaba apoyándose en las almohadas, con las mejillas calientes pero ya sin arder. Miraban juntos la tela oscurecida, la extensión, hasta dónde había llegado.

“¿Cómo te hace sentir hoy?”, preguntaba ella.

—No lo sé —dijo Steve al principio.

Luego, más tarde, dijo: "Me resulta... familiar".

Y luego, tras unas cuantas mañanas más, “Me siento bien al despertar así. Como si no hubiera tenido que reprimir nada”.

Karen nunca lo corregía. Nunca lo elogiaba ni lo desanimaba. Simplemente escuchaba, y de vez en cuando hacía alguna pregunta para aclarar algo.

“¿Te genera ansiedad?”

"No."

"¿Aliviado?"

"Sí."

Ella se tomó esas respuestas en serio.

Una mañana, después de casi tres semanas así, se quedó más tiempo de lo habitual. Steve lo notó en la forma en que no se levantó de inmediato, en la forma en que sus dedos descansaban pensativamente en el borde del colchón.

—Steve —dijo ella—, ¿puedo preguntarte algo un poco más importante?

Él asintió. “De acuerdo.”

—¿Te gustaría usar pañales para dormir? —preguntó—. Así no tendrás que preocuparte por las sábanas. Y quizás... también durante el día, si quisieras.

Las palabras le cayeron encima. Steve la miró fijamente.

“Yo... eh... ¿qué?”, dijo, medio riendo, medio asustado.

Karen mantuvo la calma. “No tienes que responder de inmediato”.

El corazón de Steve latía con fuerza. Su mente ya estaba demasiado llena.

“No pensé...” Se detuvo, tragó saliva. “Quiero decir, no sabía que siquiera lo considerarías.”

Inclinó ligeramente la cabeza. —Llevas semanas conviviendo con esto. Me pareció que valía la pena preguntar.

Steve apretó las manos contra la manta. —He estado soñando con ellas —admitió de repente.

Karen arqueó las cejas, solo un poco. “¿Pañales?”

—Sí —dijo Steve, avergonzado ahora que había pronunciado la palabra en voz alta—. Mucho. No quería decirlo porque pensé que sonaría raro.

Karen lo observó detenidamente. —Los sueños suelen ser sinceros —dijo—. ¿Qué clase de sueños?

Steve vaciló. Luego, en voz baja, dijo: “Como el de Ollie”.

Eso le llamó la atención.

—¿Qué tipo de ropa llevaba Ollie? —preguntó.

Steve respondió sin pensarlo, y solo se dio cuenta de cuánto sabía cuando las palabras siguieron fluyendo.

«De tela gruesa por la noche», dijo. «Sujetas con alfileres. De felpa. Con pantalones de plástico encima. Durante el día a veces desechables, pero no blancas lisas. Con estampados infantiles. De animales. Dijo que las lisas lo hacían sentir demasiado mayor».

Karen lo miró fijamente por un momento, genuinamente sorprendida.

—¿Te diste cuenta de todo eso? —preguntó ella.

Steve se sonrojó. “No fue mi intención. Simplemente... lo hice”.

Ella asintió lentamente. “De acuerdo.”

Levantó la vista bruscamente. "¿Todo bien?"

"Yo pediré lo mismo", dijo. "Ya veremos qué te parece".

No los sacó de inmediato.

Pasaron dos noches. Luego tres. Steve se preguntaba si ella habría cambiado de opinión, y ese pensamiento le oprimió el pecho más de lo que esperaba. La cuarta noche, Karen entró en su habitación justo antes de acostarse, con un pequeño fajo de tela blanca doblada.

—Ven aquí —dijo ella.

Steve se incorporó.

Colocó un grueso cuadrado de felpa sobre la cama. «Esto es lo que Ollie usa para dormir».

Steve lo miró fijamente, con la respiración entrecortada.

—Quiero que pruebes a ponértelo —dijo Karen con calma—. A ver qué tal te queda.

Salió de la habitación sin decir una palabra más. Steve cogió la tela. Era más pesada de lo que esperaba. Más áspera. La desdobló, luego la volvió a doblar, con las manos torpes y el corazón acelerado. Intentó recordar. ¿Se lo había enseñado Ollie? ¿Lo había visto hacer?

Pasaron diez minutos. Karen regresó. Steve estaba sentado en la cama, desnudo de cintura para abajo, con el pañal tirado a su lado. Tenía el rostro contraído. Las lágrimas corrían silenciosamente por sus mejillas.

—Oh —dijo Karen en voz baja.

—No sé cómo —dijo con la voz quebrada—. Y no quiero hacerlo mal. Y yo... quiero que lo hagas tú.

Ella no dudó.

—Recuéstate —dijo con dulzura.

Steve obedeció de inmediato.

Karen trabajó metódicamente. Lo empolvó con cuidado, con un aroma limpio e inconfundiblemente infantil. Le levantó las caderas, deslizó la tela gruesa en su lugar, la dobló con cuidado y la sujetó con alfileres con precisión experta. Luego vinieron los pantalones de plástico, que subió con firmeza, sellando todo. Steve permaneció inmóvil todo el tiempo, temblando ligeramente.

—Listo —dijo por fin—. Ya está.

Bajó la mano con timidez, tocando el bulto entre sus piernas.

—Es... mucho —susurró.

Karen asintió. “Los pañales nocturnos suelen serlo”.

Durmió profundamente. Por la mañana, el pañal estaba pesado y empapado. Steve sacó las piernas de la cama y rió suavemente al sentir el peso. En el desayuno, entró a la cocina todavía con el pañal puesto, oculto bajo un pijama holgado. Sonreía abiertamente, sin reservas.

“Estoy completamente mojado”, dijo, sin mostrar la menor vergüenza.

Karen lo observaba por encima del borde de su taza.

—Sí —dijo ella—. Lo eres.

Y al percibir su tranquilidad, su brillo, la forma en que sus hombros ya no mostraban tensión, comprendió algo importante.

Esto no fue un experimento.

Fue un comienzo.

Karen supo instintivamente que se había tomado un nuevo camino y estaba decidida a ayudar a su hijo, que ahora usaba pañales, a recorrerlo. Sin que Steve lo supiera, ella había guardado el número de teléfono de Ollie y sus padres y les hizo una larga y constructiva llamada para preguntarles cómo vivía Ollie. Averiguó dónde conseguir ropa de bebé, chupetes más grandes e incluso cómo darle el biberón. Se informó sobre cunas de tamaño adulto, cochecitos y otros artículos para bebés.

Su intención era simplemente mantener abiertas sus opciones con respecto al gusto de Steve por los pañales, pero en el fondo sabía que la ropa de bebé y el fin de su entrenamiento para ir al baño, tanto de día como de noche, era inevitable, y decidió que estaría ahí para él.

Cuando vio el absoluto deleite de Steve al estar con los pañales empapados de pipí, supo que era... simplemente un bebé.

Su bebé.

El pequeño Steve.